



# El dulce vicio de escribir



Los escritores franceses Paul Claudel y André Gide mantuvieron una nutrida correspondencia por más de un cuarto de siglo. Se habían conocido hacia 1890 en las reuniones que se celebraban los martes por la noche en casa de Mallarmé, cuando Gide tenía 25 y Claudel 26 años de edad.

He aquí una muestra del tono de ese intercambio epistolar. Carta enviada por el católico y diplomático Claudel desde su refugio oriental a su ya viejo amigo Gide.

Chuzenji, Japón 25 julio 1926.

*Mi querido Gide:*

Ayer me alegré mucho de recibir su carta y ver que, al parecer, ha regresado usted con buena salud de ese viaje a África en el que yo le vi empeñarse, con sombríos presentimientos. Su viaje no ha terminado aún; es usted una de esas personas cuya existencia tiene valor de parábola; que realizan completamente una curva de la cual otros esbozan el rudimento; y ése es, en efecto, uno de los motivos del interés que usted me inspira y en el cual la ansiedad tiene tanta parte como la esperanza. Usted es la puesta, el actor y el teatro de una gran lucha cuya conclusión me es imposible prever; pero yo creo que lo mejor que hay en usted acabará por abrir las alas. Usted ocupa, o mejor dicho, usted es una posición estratégica cuya defensa habrá que intentar en líneas distintas de las que usted indica en su última carta. ¡Los católicos le desagradan; tiene usted quejas de ellos! ¿Cree usted que ellos no tienen quejas de usted, y mucho más graves, y que no es cierto, en el sentido más fundamental de la palabra, que usted les ha faltado? De aquí el interés que usted les inspira, ya que manifiesta de modo diferente del mío, aunque no menos activo. Yo no conozco un católico que no esté preocupado por usted, que no piense en usted y, casi siempre, por mucho que usted diga, de una manera en que el afecto se mezcla extrañamente con un horror muy legítimo. Sino que toman demasiado al pie de la letra el precepto del Evangelio "Llamad y se os abrirá". Cree usted que le dejarían tan tranquilo sin, en el fondo, no presintieran que es usted un hermano que está prisionero, y la presencia en usted de ese Cristo que, después de tantos años, no ha conseguido usted que muera. Usted no lo sabe, pero se reza enormemente por usted. De todas maneras, ya a pasado usted, con mucho, de los cincuenta años: ¡ya sería tiempo de que esas miserables cosas, la opinión de Pedro y de Pablo, y las siempre tristes, sean cuales fueren, fantasías de los sentidos y los alardes e ingenio recuperasen en la nada el lugar que les corresponde! Como decía el viejo Laotzé "la única cosa que yo aprecio es la Madre", indicando ese sabor, ese jugo de las cosas. Aplicar los labios a la fuente misma de la creación, en lugar de parecerse a esos cerditos huérfanos que maman a los pechos de una cerda muerta. Cuando el Evangelio habla de aquel comprador de perlas que vende todos sus bienes para comprar una joya única, dice una cosa cuya verdad comprenden experimentalmente los viejos, infinitamente mejor que los jóvenes. ¡Y no es que las demás cosas no valgan más, puesto que han servido para comprar aquélla! Pero ahora yo ya sé lo que tengo apretado en mi mano, cuando estoy completamente solo. Me atrevo a entreabrir un poco los dedos. Al cabo de cuarenta años, y gracias a la intercesión de dos santos carmelitas de Cholet, las puertas de la oración se han entreabierto para mí. Soy como uno de esos pequeños andrajosos que andaban tiempo atrás por las carreteras de Francia recogiendo el estiércol. Un día de verano, la gran puerta de hierro recubierta hasta arriba de planchas de palastro, ante la cual él practicaba su recolección, dejó de estar cerrada; se abrió. Primero no entra más que su mirada; ahora da tres pasos sobre la grava prodigiosa y, pronto, se vuelve atrás; luego se atreve a acercarse a ese macizo de geranios, y en medio del gran silencio de la tarde, oye el rumor del riego sobre el césped divino, y allá, a lo lejos, un río que discurre débilmente, con sordo rumor. ¿Es que mañana, pasado mañana, está abierta la puerta? ¡Está abierta! Por fin comprende que la puerta está abierta para él.

También lo está para usted. No se preocupe por el portero. Le bastará con que no le mire y él no le verá a usted.

Le estrecho afectuosamente la mano.

*Paul Claudel.*

